

# Cicatrices en la memoria

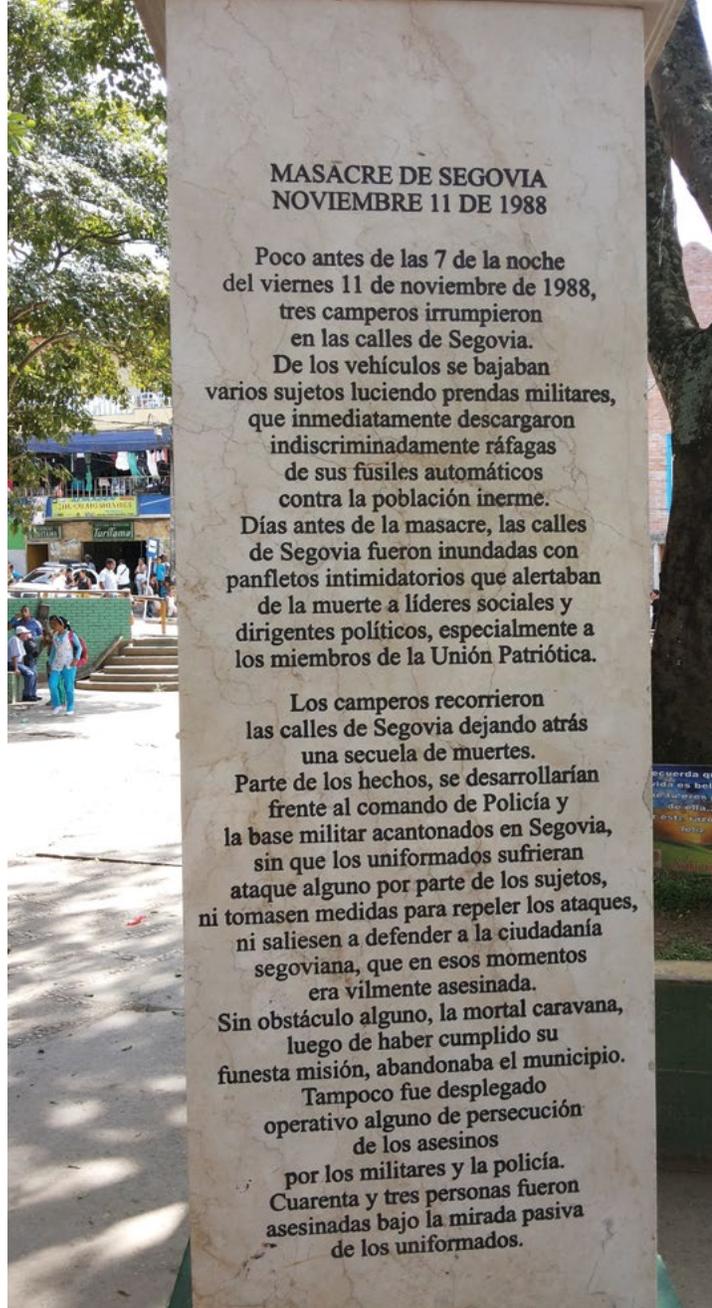
## 25 años de la masacre de Segovia

Por: Pedro Correa Ochoa

### Carta a un muchacho de 35 años:

Tu padre abre el cuaderno con la mística de un brujo que manipula una bola de cristal. Moja la yema de sus dedos con el aliento tibio de la lengua y pasa hoja tras hoja, buscando tu profecía. Tenías 10 años, letra garabatos y “ortografía terrible”, dice entre risas el viejo Virgilio, tu padre. Con la dedicación de un curador ha sabido conservar el cuaderno de cuarto grado: la pasta firme y las hojas sin quiebres. “Mire el dibujo que había hecho días antes”, dice. Me mira a los ojos, en los suyos veo lágrimas.

Azul las nubes; rojo el avión que sobrevuela el pueblo; una ambulancia; un niño en bicicleta; carros; dos hombres le apuntan a otro con pistolas. Las balas son una hilera de rayitas reteñidas... Cierra el cuaderno bruscamente, aterrado aún, y me resume la tragedia: 7 de la noche. Viernes 11 de noviembre de 1988.



Al pueblo llegan tres camperos repletos de paramilitares. Dos recorren los barrios vecinos. Uno se detiene en el parque.

Mientras tu padre y yo caminamos hacia el parque, me pregunto si hoy conservarías esa melena rubia que llevas en las fotos de tu Primera Comunión. ¿O tendrías el corte rapado de los muchachos que andan a alta velocidad por la calles de Segovia? Dicen que hay cerca de 20 mil motos en este pueblo de 42 mil habitantes —yo creo que son más.

En el parque tu padre señala tu nombre: Francisco William Gómez Monsalve. Allí, el pedestal de mármol que levantaron en el 2010 como homenaje a las víctimas, es un puñal clavado en el corazón del pueblo. Al lado, otra escultura se levanta imponente para simbolizar esa arteria que debate a



Niño Francisco William Gómez.  
Asesinado en la masacre de Segovia

Allí, el pedestal de mármol que levantaron en el 2010 como homenaje a las víctimas, es un puñal clavado en el corazón del pueblo.

Segovia entre la vitalidad y el desasosiego: la riqueza aurífera de sus montañas. El oro ha sido un imán que no solo ha atraído a grandes empresas mineras y a miles de foráneos, sino también a temerarios grupos armados y bandas criminales. En 2012 la Personería de Segovia denunció un incremento del 200 por ciento del índice de homicidios. Allí mismo en el parque, una pancarta enorme delata los rostros de “los más buscados del Nordeste”.

“Es que a Segovia la han seguido masacrando todos estos años —dirá Dairo López López, amigo de tu papá que seis años después de la masacre escribió el libro *Segovia mi propio mundo*—. Nos han signado como guerrilleros y paramilitares, pero la violencia en este municipio no es por sus oriundos, es una violencia infiltrada, penetrada; de intereses económicos y políticos”. Esa ambición política, William, fue la que provocó tu muerte. El 15 de mayo del 2013 —extravagantes 24 años después—, la Corte Suprema de Justicia condenó a César Pérez García por la Masacre de Segovia, categorizada como crimen de lesa humanidad.

Que al señor Pérez —cacique del Partido Liberal, “ilustre” segoviano, Presidente de la Cámara de Representantes, diputado de la Asamblea de Antioquia, fundador y rector de la Universidad Cooperativa de Colombia— le enfureció que la Unión Patriótica le arrebatara su poder político, pues en la primera elección popular de alcaldes, efectuada ese año, Rita Ivonne Tobón logró el triunfo para ese partido de izquierda. La Corte lo condenó como autor intelectual de la masacre, apoyada por el líder paramilitar Fidel Castaño y comandada por alias “Vladimir”, testigo clave en la investigación.

A Pérez —de 77 años de edad—, la Corte le indilgó 30 años de prisión por tu muerte, la de otros 4 niños y 38 adultos. “¡Puff! —se queja tu padre—, ni siquiera un año por muerto”. Y con el mismo dedo que te señaló en la lista de víctimas, señala el comando de Policía en un costado del parque. “¿Por qué no hay altos mandos militares condenados?”, dice.

¿Negligencia o complicidad? Ambas han atormentado a las víctimas, pues los asesinos pasaron cándidos cerca del Batallón Bomboná —ubicado en la vía que lleva al pueblo—. Del Comando de Policía tampoco salió un solo tiro para contrarrestar el ataque. Algo hubieran hecho para evitar que Edwin Gómez perdiera a su padre. Él y otras víctimas esperan con resignación pasmosa el fallo de la demanda contra el Estado, que en el 2000 interpusieron ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA.

Su padre estaba en el parque, negociando una casa para que sus hijos pudieran estudiar en el pueblo. Pero su muerte convirtió ese propósito en un destino amargo: que la mamá, ahora viuda, debió trabajar; que Edwin y sus dos hermanos, acogidos por familiares, se separaron; que seis años después la viuda murió por un accidente de tránsito en Medellín; que los tres adolescentes quedaron íngrimos.





Dibujo realizado por Francisco William días antes de la masacre.

“La masacre nos desintegró totalmente”, dice con la mirada fija en el parque. Junto a la pared de su escritorio, en el almacén de artículos religiosos, hay un dibujo: “Papa te amo mucho”. “Lo miro cada día y me alegra el corazón”, cuenta tras explicar que se lo regaló su hijo Santiago.

¿Tus hijos y Santiago recorrerían, en sus bicicletas, esas mismas calles que la sangre recorrió en arroyos?

De la discoteca Johnny Kea, la sangre de 18 muertos salió a borbotones. La lluvia la esparció, como si una fuerza superior intentara lavar tanto dolor.

Y a falta de la intervención humana de la Fuerza Pública, fue la lluvia, que amedrentó a los habitantes para que se quedaran en sus casas, única heroína esa noche.

¿Recuerdas la lluvia? Las gotitas golpean tu rostro mientras avanzas, pedal tras pedal, por la calle La Reina. Aparece el carro, gritos, disparos. Una bala se te cruza en la espalda y caes a pocos metros de la puerta de los Restrepo. Los paramilitares la derrumbaron con una granada. Al padre, de 74 años, y a dos hijos, los acribillaron con balas de fusil.

Marina Restrepo, como los otros sobrevivientes de esa familia, buscó refugio en Medellín. En su casa del barrio Castilla me cuenta que a su padre y hermanos los mataron selectivamente porque en las elecciones apoyaron a la Unión Patriótica y no al liberalismo, como lo habían hecho siempre. E indignada me dice también que aunque el fallo contra Pérez fijó indemnizaciones para algunas víctimas, no incluyó a su madre, hoy de 90 años, ni a su hermana María Emilse, que padece por las lesiones de las esquirlas.

En el atrio de la iglesia tu padre me presenta a un hombre que aun sin saludarlo me suelta un “no” categórico. “¿Para qué seguir recordando eso tan triste?”, dice, estrecha mi mano con firmeza y desaparece. Con esa firmeza te recogió a vos del piso húmedo y te llevó al hospital.

Es de noche y en Segovia el clima es fresco. Lloverá. Tu padre me invita para que descansemos en una jardinera del parque. A un costado pone la bolsa con recortes de prensa y el dibujo profético. Enciende un cigarro y me habla emocionado del partido del día anterior, en el que Colombia clasificó de nuevo al Mundial de Fútbol. Tras un corto silencio vuelve a nombrarte: “A ese muchacho le encantaba el fútbol”.

Mientras habla los imagino a los dos —vos ocupando mi lugar—, celebrando el triunfo tricolor con un par de cervezas. Seguramente ya hubiera cumplido la promesa que te susurró al oído mientras los médicos trataban de salvarte: pagaré una cirugía plástica para que te borren la cicatriz de la espalda.

Tendrías 35 años. Él tampoco llevaría esa cicatriz que ninguna cirugía puede borrar de su memoria. 

